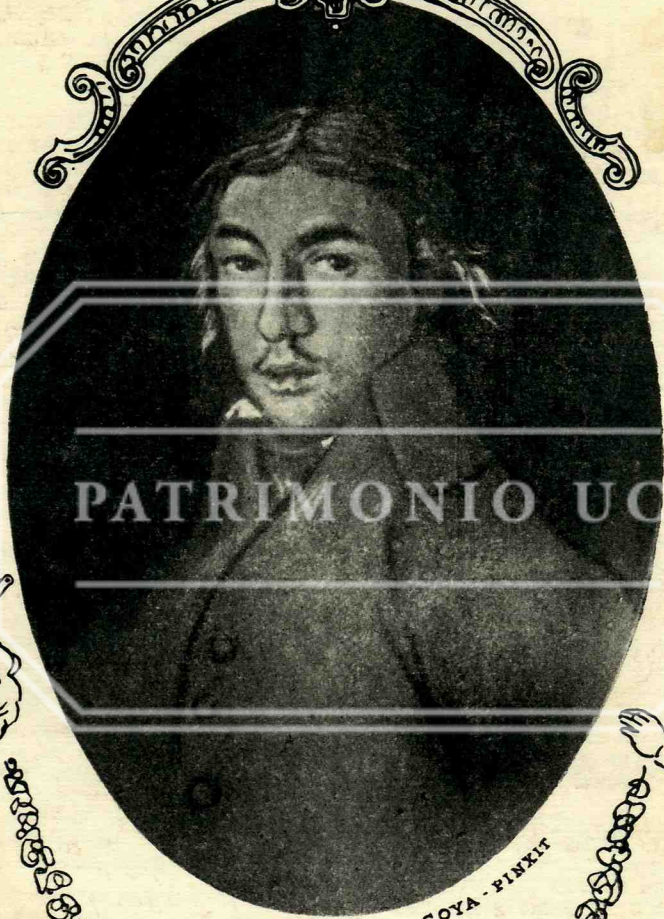


EL SI DE LAS NIÑAS



PATRIMONIO UC

GOYA - PINXIT

1760 - 1828



Leandro Fernández de Moratín

TEATRO DE ENSAYO
de la
UNIVERSIDAD CATOLICA

DE "RECUERDOS DEL PASADO"

PAGINAS SOBRE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

En un pobre desván de la casa número 117, calle de Orleans, de la ciudad de Burdeos, se encontraba asilada en el año de 1822 otra víctima de la proscripción española. A juzgar por el amoblado de aquel mezquino retrete, podía deducirse que la pobreza del huésped alcanzaba los términos de la ponderación, si bien es cierto que parecía contrastar con ella, una copia como de trescientos libros que a falta de estantes, se encontraban cuidadosamente alineados en el desnudo entablado del aposento. Leíase sobre la pasta de estos libros los nombres de Lope, Solís, Moreto, Calderón, Cervantes, Rioja, Arjensola y otros de los más sobresalientes ingenios del parnaso español.

El señor de aquel poco envidiable rincón, que era de mediana estatura, más grueso que delgado, cabezón, de abultada nariz en su remate, de ojos pequeños y vivos, de labios gruesos y de tez blanca, aunque arrugada y marchita, contaría entonces con más de sesenta años de edad y su ocupación favorita parecía no ser otra que la de hojear mamotre tos, sacar apuntes, de ellos, hacer anotaciones y compaginar manuscritos.

En la tarde del día 1º de Noviembre del año a que me refiero, el singular solitario acababa de escribir con letra menuda, pero clara, bajo el título de una de las comedias de Lope estas palabras: "Apariciones, bellezas y disparates sin fin", cuando sintió que golpeaban la puerta de su desván. La poesía y la necesidad han sido y lo serán siempre, bien que con raras excepciones, inseparables compañeras; así fué que al oír el llamado, no quedando al desgraciado anciano ya prenda alguna que empeñar para cubrir el gasto de la posada cuyo forzoso pago a ese día correspondía, afligido con el crudo pensamiento de tener que sacrificar a la necesidad sus libros, únicos y constantes compañeros que engalanaban su existencia en el destierro, se le escapó la pluma de la mano, alzóse con trabajo y lleno de angustia acudió a la puerta.

El hombre que golpeaba era un personaje alto, flaco, de color cetrino y deslustrado, de nariz aguilena y prominente, bisco además y tan erguido que no parecía sino que fuese el mismo Don Quijote que en cuerpo y alma venía a amparar a las afligidas doncellas del Parnaso.

Abrir la puerta, oírse un grito común de alegría y de sorpresa, lanzarse en los brazos de uno y de otro, decir éste Manuel y aquel Leandro, fué todo uno.

Era don Manuel Silvela, el sabio jurisconsulto condecorado entre los Arcades de Roma con el nombre de Logisto Cario, que venía a favorecer al primer poeta dramático de la Escuela Clásica del siglo XIX, a su amigo don Leandro Fernández Moratín, al afamado Inarco Celenio, de la misma sabia corporación romana.

Cinco años después figuraba con pompa en la calle de Montreuil, arrabal de San Antonio de París, aquel importante Liceo hispano-americano, conocido hasta el año 32 con el nombre del sabio fundador Silvela.

Aquel vasto e importante establecimiento de educación, constituido desde el día de su fundación en asilo de cuentas inteligencias peninsulares mendigaban en Europa el amargo pan del es-

patriado, contaba a don Leandro Fernández Moratín como profesor de amena literatura.

La modestia y la timidez fueron siempre para este profundo y chistosísimo escritor dogales, que no solo le hacían enmudecer, sino hasta pasar por tonto, ante el desconocido suyo que entraba de repente a terciar en las reuniones de amigos, a quienes Moratín embelesaba con su amena y siempre instructiva conversación.

No he conocido literato más apegado a la pureza del idioma, ni más estricto observador de las leyes de la Escuela Clásica. Con nadie transigía en estos dos puntos capitales, y al último, ni con el mismo, pues, degenerando esto ya en manía, dió en la de corregir y borrar cuanto había escrito hasta aquella época; y hubiera continuado si Silvela, una mañana, fastidiado con lo que el llamaba profanación, no le hubiera sustraído sus impresos y sus manuscritos.

Dió Moratín, sin embargo, en el colegio la última mano a su trabajo sobre el origen del teatro español, y yo a fuerza de cogerle en contradicciones, debí al cariño que me tenía, hacerle confesar, que el era el autor de aquel chistosísimo folleto titulado "La Derrota de los Pedantes", obra que si en España hubiese llevado su nombre, habiese podido causar su ruina, porque las ofensas literarias, cuando hieren el amor propio, asumen siempre el carácter de imperdonables.

Moratín tenía que hacer con mi modo americano de pronunciar; dejábame en lo mejor lelo, con alguna inspirada sonrisa y con este inexorable estribillo: "estudia chico, estudia que no siempre el olor a piña de tus palabras hace pasar disparates". Tres ocasiones le llevé mis ensayos literarios para que me diese su parecer sobre ellos, y otras tantas, después de habérmelos hecho leer, colocó silencioso el escrito dentro de un sobre, le lacró y escribió sobre él estas palabras: "te prohibo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerle y tu mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío".

Si los noveles y añejos escritores, hicieran otro tanto, cuantos disparates dejarían de ver la luz pública. Ellos mismos se maravillarían de lo que seis meses antes, llegaron a considerar como obra maestra.

Moratín murió en mis brazos el 21 de Junio de 1828, y aún en 1853 se veía en el cementerio Pere-Lachaise un modesto túmulo alzado a expensas de sus discípulos entre el sepulcro de Molière y el de Lafontaine.

Nadie se había acordado del eminente vate, cuando vivo. Sin Silvela hubiera muerto de hambre; más, después de muerto, no hubo diario europeo que no lamentase la pérdida que hacían en él las letras españolas y la escuela clásica en el mundo. El mismo rey de España, don Fernando VII, que no siempre fué malo, cuando se dejó llevar de sus propias inspiraciones, escribió a Silvela, de su puño y letra, pidiéndole las obras impresas y los manuscritos de Moratín, para hacerlos publicar bajo su real patrocinio, y asignando al que fuese su heredero, una renta vitalicia de cuatro mil reales, pagados con su propio peculio.

VICENTE PEREZ ROSALES

"El Si de las Niñas"

es una Comedia en 3 Actos; en prosa estrenada en Madrid el 24 de Enero de 1806, en el Teatro de la Cruz. La escena es en una posada de Alcalá Henares y la acción empieza a las 7 de la tarde y acaba a las 5 de la mañana siguiente. Hoy día la presenta el Teatro de Ensayo bajo la dirección de Hernán Letelier con el siguiente

Reparto:

Don Diego	Justo Ugarte
Don Carlos	Sergio Urriola
Doña Irene	Gabriela Montes
Doña Francisca	Myriam Chorud
Rita	Nelly Meruane
Simón	Mario Montilles
Calamocha	Enrique Heine

Escenografía y vestuario : Claudio di Girolamo

Iluminación: Bernardo Trumper

Utilería: Carlos Johnson

Jefe de vestuario : Marta Faz
Realización vestuario :
Masculino : Crisóstomo
Delucas : Angela Moncada
Maquillador : Juan Cruz
Realización Decorados: Vicente Peralta
Jefe de producción : Rodolfo Soto

Realización vestuario
femenino : Clara Flores
Sombreros : Teresa Urzúa
Director de Escena : Enrique Buijuy
Apuntador : Clemente Prado
Guitarrista : Ester Martínez
Amplificación : Adolfo Rasmussen

En el Tercer Acto canta Humberto Molina, Solista del Coro de la Universidad Católica.

Próximo Estreno

"NAVIDAD EN LA PLAZA"

DE HENRI GHEON

ADAPTACION Y TRADUCCION DE:

LUIS A. HEIREMANS

PATRIMONIO UC

\$ 35.-

COLABORE CON EL TEATRO DE ENSAYO — HAGASE SOCIO PATROCINANTE

INFORMES: ANA FABRES DE GUTIERREZ — FONO 68368